

LA DERIVA ES UN PASO INTERMINABLE
HACIA LA NADA



COLECCIÓN LITERATURA
Serie Poesía • José Gorostiza

Aarón Rueda

LA DERIVA ES UN PASO
INTERMINABLE
HACIA LA NADA

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



Este libro ganó el Premio Tabasco de Poesía José Carlos Becerra 2018, cuyo jurado estuvo conformado por Eduardo Langagne, Beatriz Pérez Pereda y Armando Salgado.

Primera edición: 2019

© 2019, Aarón Rueda

D. R. © 2019, Secretaría de Cultura
Calle Andrés Sánchez Magallanes # 1124
Fraccionamiento Portal del Agua
Colonia Centro, Villahermosa
C. P. 86000
Tabasco, México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito del titular de los derechos correspondientes.

ISBN: 978-607-8428-70-0

Impreso en México - *Printed in Mexico*

*A Yuridia, Nicolás y Arantza
A Fernando Nieto Cadena,
por su amor al eterno azul*

*... de pie y no como una pobre loca en
su libertad y su indigencia marítimas
girando en la deriva perfecta
y aquí está:
más inesperadamente de pie
de pie en los cordajes
de pie ante el timón
de pie ante la brújula
de pie ante el mapa
de pie bajo las estrellas
de pie
y
libre*

Aimé Césaire

La noche es un paso
interminable hacia la nada

*La noche morada sueña
sobre el mar;
la voz de los pescadores
mojada en el mar;
sale la luna chorreando
del mar.*

Nicolás Guillén

[1]

Me cansé de escribir acerca del mar. De ese azul que en su parsimonia arrastra claridades; entonces recordé el exilio en que el parpadeo marca los tiempos del oleaje de camino a la caracola. Los tiempos son los mismos: todo cuelga del recuerdo.

[2]

Ritmos conservan el viento propio e inconcluso dentro de inesperadas situaciones. Los puertos no son los mismos, ni mujeres curándose las heridas, ni gallaretas suicidas al borde del ocaso y ninguna sirena traga todas las confesiones. Kilómetros pesan sobre la lengua como cien veranos sonando fuerte desde la altura del ritmo.

[3]

Territorios son comidos por el mar, parecieran sonidos de lamentables cercancías a los pies del faro. La marea irrumpe con voraz golpe. Nadie de los presentes se atreve a mencionar la palabra naufragio sujeta a sus artilugios, pues el azul puede encerrarlos dentro de un paraíso inevitable.

[4]

Sé que el mar aparece en mis ojos. Versan los nudos de la sangre en la coronaria. Diminuto. Los océanos respiran fluidez de corrientes cálidas y al momento anida algún huracán. La sombra lo enfría y el ritmo es un lenguaje fluido que acontece entre las palmas. Nadie explica, pero me he cansado de llevar la verba entre pegajosas figuras de la flora a los pies del faro.

[5]

No hay premoniciones. Mi lenguaje se cae a cada rato. Imploro exilios mencionados, hago barcos de grafito con las líneas de la mano, sumerjo la lengua en el salitre, en una memoria de alguien tendido en la arena. Así contemplo la pesadez del atardecer con pieles distintas al final de la calle. La razón es gritar océanos en ese juego de dados que llevan a buen fin la canción del mar que viene.

[6]

Pétalos de piedra se deshojan en tumbas improvisadas a lo largo de la costa. La música no muestra las gardenias melancólicas puestas por castigo a beber el sol. Los ebrios son un prodigioso naufragio enredado en olores y cantos de mujer envenenada. Sin adjetivos terminan las carcajadas lejos como cualquier otro pez enganchado a la deriva.

[7]

La deriva es un paso interminable hacia la nada, manojos de olas acurrucadas en cualquier cuenco lunar. No es igual cambiar la mirada a otros arrecifes si has dejado alguno con la piel pálida. Eso es lo trágico. Las diversas oscuridades las trae uno. Aunque la negación salga a flote. El amor es lo mismo, sólo que el tiempo se encarga de llenar con nubarrones la idea más fiel de los quebrantos.

Las cuestiones tropicales abundan en la boca del pescado. Su lenguaje lleno de versos diminutos tejiendo insomnios se entrega a la caricia salina, la palabra crepita: pequeño pez que ha escuchado realidades de antiguos misterios sucedidos en autorretratos de pesada imagen. Las condiciones son arcaicas, por eso el mar abre todas sus olas a punto de vista del marinero.

[9]

Largo aliento la voz del mar: trazo breve de fronteras invisibles da testimonio en aquella navegación de otras lenguas. Divagantes personajes se gestan en los ojos al fondo de la oscuridad. Las aves recuerdan sobrevolando la mirada en aguas de un espejo ciego.

Los pasos de la marea atraviesan cuerpos que crujen entre luces y frases. En la noche borrachos arrojan tensos reflejos ante la penumbra del ojo que habita el asombro. Perturbados zurcen una playa como ángeles cayendo adormecidos y los pescadores les atan las lenguas sobre la espuma cuando envejecen frente algún océano.

La noche yace aquí y los hombres ponen encima una canción de áspera intensidad. Su dolor busca la desnudez que se abre en el balbuceo de reflejos sin pupila. La vida devora el silencio en un suspiro para enunciar el dramático oleaje con la brevedad de territorios de la lengua entre las tablas del muelle donde un pensamiento baila la existencia contra el impulso fugitivo de la sombra.

Los océanos son los sentidos de la tierra. No se necesita ver sirenas ni cachalotes para entender su caricia. La plural singladura del insomnio es marea alta y nadie espera preguntas en los límites de la niebla. Exilios habitan el eco que tiene ese ruido de corrientes en cada mañana al aquietar el temporal que eriza extendidas nubes.

Cada pescador lanza su tarraya y espera el ruido del azar. Los impulsos mecen la muerte. Mueven las líneas de esas manos en algún invierno conocido y queda la ceniza entre siglos cantando versos, la intuición degüella lenguas extrajeras al grito de una luz sucia de amapolas.

[14]

Sé que los sicarios empuñan el aliento y una especie de cataplexia espontánea abalanza sus manos igual a un arpón sobre la espalda marina de cualquier semblante. Araña desde cuello hasta cintura y la sangre corre como un río en banal búsqueda hacia el océano más próximo. Por meses llueve, la muerte es tensa y lanza el albur de agrios sonidos en un puerto de otro tiempo.

La agonía entre las aguas es una y distinta, murmura con lenguaje de ángel vuelto ceniza. La mar en su feminidad planta cadáveres en un grano de sal: el momento es un acto que lanza redes para tomar sucios extravíos entre los ojos. Los peces evolucionan en aguas azules, llaman la atención de perplejos niños, compran flores en el puerto y los cadáveres se adhieren a cada pétalo, así endurecen sus lágrimas en el intento de no romper ninguna ola.

El horizonte abre en la calle voraces trombas que devoran entrañas y escriben la oscura marea destinada a la tumba en razonable rebeldía, merecida en cada ojo. Soledades; fragmentos de luz dejan el pecho de los albatros y los pescadores levantan las manos con sus palmas transparentes. Su sangre rota por el viento es un trozo simple de largo aliento.

El ritmo se recuerda en tumbadoras. Fúnebre estampa de marineros perdidos cuando el azul se revuelve en despojos de la tarde. Salen a romper cadenas por el mismo réquiem afilado mar adentro. Marino color de la palabra de ave negra que sostiene la sangre con las cicatrices. El recuerdo es un instante tocado por tenso relámpago al reconocer su muerte.

La orilla convoca la ceguera. Eco trashumante la oportunidad que nace del murmullo, observa los brazos en busca de visiones que pretenden conciliar la manifestación no dicha dentro del extraño odio de cuestión húmeda en voz recién trasquilada. No hay piernas frente a las marismas que apresten una herida luciente al término inquebrantable bajo la roca.

Compadezco situaciones febriles. Nadie dirá que el mar estranguló algún marino con el sonido de las tumbadoras. Vigilantes olas obstruyen la posibilidad de vivir otro sentido. El eco del mar pincela la costa, brazos de hombres salinos venden generosos gritos que no encuentran su sitio. Las mujeres dan cuenta de la realidad en una lengua de arena y aparecen las palabras en la descuartizada confección del oleaje.

Se oyen idiomas en voz baja. Marchan las geografías. Permanente oleaje entre mis páginas alumbra los ojos de alguien. Ebrio que decidió naufragar en el movimiento de grandes piras. El proemio llega a ciudades dibujadas de noche en certezas confesadas al momento de florecer el extravío, a la deriva engaña la tibia fractura de la sangre.

Un hombre no es un ángel
disfrazado de silencio

*Un año ha finalizado sus
tormentas, y los hombres
llenos de miedo han
escudado las vidas como
faroles de sus ventoleras, o
caído juntos en hogueras.*

Derek Walcott

[1]

Oremos el simple hecho de ser humanos.
Zarpazo de mar que lanza al hombre,
sosiega la conciencia del terror
sucedido en manos de quienes dicen: oremos.

[2]

Un ángel no es un hombre disfrazado de silencio.
Empuña sombras y surge en las ventanas;
faro en busca de trozos de niebla con la mar
varada en arena.

Suele ser un divagante con el sonido en ebriedad
atado a los nudos de la sangre.

Desterrado de sí, naufraga su afilado puño
entre cuerpos que anohecen igual a un huérfano
con voz prestada en la basta densidad de la tormenta

[3]

El mar empuña sonidos terminales.
Su horizontal mirada tritura navíos
con el pretexto de conceder
la ciega textura del horizonte.

Se asfixia la desnudez de los hombres,
mismos que no besan el trazo de arrecife
con adornos de narciso atravesando
a corriente un río cierto pero improvisado.

También la memoria es profunda
igual a las páginas donde florecen los reflejos.

[4]

Un instante en el alto mar
puede asesinar sobre la espuma,
donde un linfoma aparece
de repente en el muelle
rompiendo a gritos las voces
en otro lapso de tiempo.

Algunos mares lanzan al aire palabras
y luego arriban poemas traslunados
a beber risas de nostalgias quebradizas.

Estos poderes estrujan azul adentro
el habla urbana a la hora del crepúsculo.

[5]

Nos desgarran los románticos
que niegan un crimen inexplicable.

La gama de sensaciones,
corta el humo con voz lastimera
y se marchan en las manos de quien dibuja
todo lo mortal a otra orilla.

Un paraíso salino tiene muchas tumbas apiladas,
descritas en diferentes idiomas
porque es algo siempre desconocido
en la inútil simetría dispersa
en una ronda de bocas fracturadas.

[6]

Detrás del abismo no hay espantos.
Cierto es que tiritan primaveras
concebidas en el encanto de la brisa.

Hay palabras aglomeradas en una boca sin lengua.

El litoral es imagen que susurra:
geografía inventada de palmeras transparentes
con nidales que adornan el ritmo del viento.

En el mar antiguas letanías revelan
la condición humana a media lluvia
en ásperos territorios.

[7]

Hay cuerpos que atardecen
y suelen eternizarse
en la remembranza del cosmos.

Nada es claro,
la hipótesis pretende un lenguaje zigzagueante
y en la naturaleza otros dejan en la orilla
un amarillo letal que desborda la sombra
hacia los últimos restos de luz.

[8]

Nuestra oscuridad estalla dentro de sí,
el pecado se despeña hacia un lugar desocupado.

Preguntar lo debido hace recordar los misterios
de conciencias que inspiran fotografías inmemoriales.

El ritmo geométrico asoma incontenibles gotas
que tiritan en aguas negras del azar
con un oleaje de textura indócil.

La marejada es momento para recordar el ritmo
de las tumbadoras en el pecho envejecido de un trozo
de papel.

[9]

La luna levita con su alcaraván en el centro,
los hombres permanecen tendidos frente a las piras,
esperan a que las nubes inventen su tormenta
para reclamar esqueletos que cantan sin alma la sal
memoriosa.

Ciegos conjuros debelan los barcos del pensamiento
para navegar la encarnada voracidad de horizontes.

[10]

No hay inocencia sobre el vértigo en altamar:
los avistamientos se alimentan por grandes olas
que pasean frente a nuevas ciudades,
mapas carcomen cuerpos fragmentados en el límite del
cielo,
lenguas alojan calles arenosas con rostros de arrecifes
que impiden la caída de la verba a los pies
del puerto donde abundan despedidas dolorosas.

[11]

Encuentro una encrucijada
cuando el asombro gruñe en las orillas.

Un viejo ángel asoma el incontenible llanto
goteando humedad y silencio.

Su mundo es la negación de mirar el cielo
destinado al fracaso de la lluvia
que alivia de las fragmentadas salinidades
su aliento sobre el sol otoño.

Apartado eco; miradas tiritantes desde la penumbra.

La hojarasca es un entierro decoroso
para los idos en el alto mar.

Por eso abundan lenguajes que presagian
la misma muerte al cerrar los ojos
esperándoles con un ramo de flores.

Los exilios son menciones pasajeras
de algún lamento espontáneo
por eso invoco a tantos hombres devorados en los
océanos.

El alto mar jamás se esconde,
se limita a dormir mientras alguien corta la lengua
en el tiempo que ocupa su vértigo.

[13]

La negrura alcanza la ola en pleno del día.

Los discursos, rumbos indecibles,
contagian de locura
a la desnudez de los espejos.

No hay más lengua que nombre el aliento, y cae en el
sueño:

migaja de agua en la palma de la mano.

Los versos cierran su poder atados a la soledad
en el ojo de agua azuloso que ningún cuerpo posee.

[14]

Nadie come un oleaje roto.
Nadie escucha el tic tac del naufragio.
Todos sucumben sin memoria al eje de la sombra.

[15]

Los gritos se escriben en la piel de la claridad.

La memoria rememora viejos entendimientos
que nombran el sentido de visiones de tierra que se
abre.

Hay una porción de semejanzas
y seducciones del lenguaje de la noche.

Las interpretaciones prolongan espléndidos tonos
al tacto del escalofrío bajo el aguacero.

[16]

Toda una variedad de rostros converge donde el
tiempo concluye entre los puntos cardinales.

Se abre la noche tendiendo un arco
sobre aguas que aluzan tambores
al ritmo de palmadas junto a lágrimas endurecidas
mientras la luna sale y atraviesa la ventana;
hablo solo en deshabitado cielo.

[17]

–Insisto–

El mar cabe en una ola proyectada en la arena
y sin nombrarme repite un ritornelo
en esta canción de sal que no se apaga.

[18]

Viene también el mar con sus errantes olas
a beber prados y solares
de mi lengua salina;
entonces, me detengo a escuchar su voz
en el vientre de una caracola de papel.

Dentro, un paréntesis, así la noche ríe el murmullo de
la niebla.

[19]

Un solar es el hombre que gira cual silueta
en la vacía soledad entre labios.

En él atracan los barcos su silencio
y en las velas sienten la caricia de ciertos suspiros.

[20]

La suerte hunde barcos sin rumbo
hasta que el silencio multiplica las flores
donde hay polvo en soledad:
azogue de arena en un trozo de océano.

Tradicional viaje
al mar Caribe

*Una botella de vino tinto al mar.
Son las tres de la tarde.
Una botella de vino tinto sin licor,
con apenas los restos de esos vapores
que nos transportan a lo indecible.*

Nancy Morejón

[]

Un lamento en la esquina de la pira. Oscuro rostro la mañana, esconde la nostalgia que se presenta al lado de los puertos. En el humo insomnios; partes destazadas de sueños arrebatados entre la bruma deslizan palabras en marea lenta, navegan con lágrimas y fantasmas, susurran el vaho sobre cuestiones que confortan el tiempo desatado al baile de la flama. Alfombra que la arena acaricia y sombras florecen encima de ángeles. Encontramos el aliento que nos hizo falta al anochecer en la ardentía. La lluvia ríe la muerte de infancias hundidas en las tinieblas.

[II]

Santa Lucía es un texto recurrente hasta la fecha. El Caribe no se concibe sin las grandes piras bajo la sombra de palmeras. Un largo aliento contempla la mulata simetría de un lenguaje que recorre la nada sin posibilidad de escribir compromisos en paisajes inesperados. Santa Lucía mece en su lengua la falacia de extraviadas marismas en la risa que se sostiene entre olas.

[III]

Tumbadoras refieren su ritmo a versos coralinos. Cuba es un caimán barbado puesto sobre la melancolía de marinos echados a las fraguas de rutas inacabadas. Las olas cierran la memoria en el deshilo de los que navegan y las tumbadoras son un corazón a la espera de encallar un latido en tierra firme.

[IV]

Parece ha dejado de llover, Isla Monserrat. El agua pos-
terga el beso de océanos con barcos en miniatura que
alzan sus velas por ráfagas infantiles. Aparecen púberes
como grandes montañas. Serenas cordilleras, oscuras y
primigenias alrededor de un océano inventado sobre
una calle olvidada.

[M]

Aruba tiene profetas que dividen el agua y versan la decadencia en alta mar. La gaviota devora postales y en caso tradicional hurta bajo la penumbra el silencio a mitad del camino.

[VI]

Largo es el llanto en Haití, fuertes tormentas le golpean el rostro. Un catalejo guarda postales de lamentaciones en la lengua de la playa. Marineros noctámbulos entre barcos de cartón cantan su solitario anclaje. Nada respira cuando un cardo nace en la mísera negrura.

[VII]

En el ojo del cetáceo un océano parpadea. Pero en él, bellas fragatas marcan sus travesías en las líneas del poema. Su puerto la sangre carmín tiñe el vértice adelantado del movimiento a elegir versadas orillas. Callados acordes caribeños hallan cualquier recuerdo desde el alba hasta la palabra que calla tanto cielo. La sorpresa de pensar la aparición del cetáceo zurce en su aleteo la unción de versos a otro corazón que te conoce.

[VIII]

Los cuerpos son cuerpos hasta que las fragatas cortan el alma. Se duermen en tumbas y lloran sin cesar las amapolas. Hay quebrantos adquiridos en la tierra que mudan las islas en un mar que no deja de golpearles el rostro y los cuerpos se diluyen en la arena hasta dejar sus ojos frente al eclipse.

[IX]

Los páramos son un evangelio con densas lunas negras
que anclan el invierno al vapor de un cuerpo servido en
mares gastados.

[X]

Las olas trazan su vigilia para engullir de un bocado el reflejo de cualquier silencio. Muchos, los que se ahogan en cortes azules. La sombra queda en el piso en días posteriores, luego repiten nombres con una sola boca de ligera lengua. Pero el griterío fémimo es una ocasión de volver a la playa y quedar en silencio.

[XI]

Este viaje ha mostrado ciertas devastaciones. El mar muere cuando suelta su furia, no tiene versiones, sólo llanto en instancias convencidas de versos que devoran pueblos. Cada ola es el instrumento del mar para romper la costa contra granos de arena.

[XII]

Distantes vientos se enraízan en el aura de un ángel: teorías aprendidas en el ceño de oleajes, cantos momentáneos, desnudos como fiera que temprano levantó ataúdes a la deriva. Las tarrayas: golpe de silencio en larga paz de los huesos. Nadie en la playa ocupa un sitio de pescadores, aparecen la distancia, diseño de la aurora sin importar los susurros que tanto deja ese pasado luciendo vestidos viejos y comidos hasta la tierra.

[XIII]

Las rutas nombran el color de la sangre. Alguien en altamar repite a contracorriente la brisa y nuevamente los solitarios cantan su sabia primicia en la suerte del polvo. Interpretaciones momentáneas esperan a envejecer mirando las ventanas, luego se reclama la elegía destinada para mujeres antillanas y con un tenue hilo de mimbre zurce los balbuceos quedados a mitad de camino.

[XIV]

La luz del océano revela gaviotas en silencio que vigilan la mirada de una orca herida por el arpón. Los remos se vuelven anclas de invisible lucha y nadie percibe de frente al insomnio que congrega el frío de bestias marinas mirando noches sepultadas en la madrugada. El lamento es oración inútil sobre las hojas, los recuerdos no son gallaretas que vendrán a redimir el pecado que induce la muerte. Hay desastres donde quizá estén a salvo los niños con los ojos llenos de arena y cristales; ahí comprendo que morir es divisar la luz atenuado por un cangrejo.

[XV]

Las moscas tienen trato con ángeles en cualquier cuerpo. Son ofrenda al instante que deja su descendencia proclamada por los que empuñan arena, no olvidan aquellos gritos hechos abono para su germinación y largas destrucciones fragmentan el daltónico paraje de la nostalgia en noctámbula cadencia escrita con la tesitura en la que crujen los galeones.

[XVI]

Colores tras el color, la vida persigue la sombra, un mar de orines cuando desnudos pescadores se incorporan en la lluvia: sequía de la carne. Nosotros, oraciones de cementerio azul aglomeradas sin ternura, podredumbre en la sed del horizonte se tragan el humo de calderas que no saben respirar, beben la claridad de la brisa de las ciudades, saborean el tacto de las manos llenas de sangre. Simplemente no leen que la vida intenta escaparse robando el aliento escondido entre las olas.

[XVII]

Se conoce el primer dolor al filo de sol: llamaradas recuerdan una braza en el ruido infame a la intemperie, maniobran la nada y constelaciones de reciente explosión con giro de tormentosos días de piedras fingen tristeza. A la orilla de otro sitio más el abrazo de sal niega la sed, metiéndola en la oquedad de cualquier ruido. Pescadores y navíos de papel son engañados en la eternidad de gusanos dentro de un océano immaculado.

[XVIII]

Atar la respiración mientras caen sueños. El miedo sobre el pecho del más cercano llanto canta el aliento invernal de pocos niños que aún sonríen. Entender el camino de roto andar, junto a sirenas es porque la luz apenas se filtra entre los ciegos tablones del techo. De madrugada una espina suelta al sol en su primer bostezo sin mirarlo, la respiración se marchita. El sigilo de la flor anuncia la muerte; de madrugada invocan esa presencia del salitre: pupilas apiladas en el fondo de la noche.

[XIX]

El silencio es donde las moscas procrean el zumbido, refleja a final de cuentas un sonido corto que habita en rincones azules. La oscuridad y el mar son inmortales bailando alrededor de estas rocas: rincones ávidos de arrecifes nutren la ausencia bajo el movimiento de la sombra, ella murmura;

shhhiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii.

A Ramón Iván Suárez Caamal

El olvido es el rostro intocable del mar
que
en
la
tristeza de los ahogados, peces sin rostro,
ofrece
un testimonio de azul contraste
añorando la sublimación
de
aves
que se escuchan.

El mundo, los sueños,
imágenes que tiñen el final de una lágrima,
los misterios al dibujar la marisma
desprenden el bullicio de nocturnas melancolías.

ÍNDICE

La noche es un paso
interminable hacia la nada
* 11

Un hombre no es un ángel
disfrazado de silencio
* 33

Tradicional viaje
al mar Caribe
* 55

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



TABASCO



Alejandra Frausto Guerrero
Secretaria de Cultura

Natalia Toledo
Subsecretaria
de Diversidad Cultural

Marina Núñez Bepalova
Subsecretaria
de Desarrollo Cultural

Omar Monroy
Titular de la Unidad de
Administración y Finanzas

Esther Hernández Torres
Directora General
de Vinculación Cultural

Antonio Martínez
Enlace
de Comunicación Social
y Vocero

Adán Augusto López Hernández
Gobernador de Tabasco

Yolanda Osuna Huerta
Secretaria de Cultura

Luis Alberto López Acopa
Subsecretario de Fomento
a la Lectura y Publicaciones

Francisco Magaña
Director de Publicaciones
y Literatura





La deriva es un paso interminable hacia la nada, de Aarón Rueda, se terminó de imprimir el 12 de noviembre de 2019, en los talleres de Impresionismo de México S. A. de C. V., Doña Fidencia # 109, colonia Centro, Villahermosa, Tabasco. Para su composición se utilizaron tipos Cardo y Roboto. El tiraje fue de 1000 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de la Dirección de Publicaciones y Literatura.